

tan deplorable estado de cosas. De la noche a la mañana le declararon sin ambages que podía considerarse perdido, que ningún medicamento del mundo podría acabar con todos sus males y que, si quería prolongar su vida, debería seguir un severo régimen de existencia.

Mucho parece que esta última prescripción fue dada para salvar las apariencias y disimular el fracaso de nuestros buenos compañeros de aquel entonces. Desde luego estaban seguros de que su cliente no iba a renunciar con tanta facilidad a la clase de vida que siguió desde la edad de razón. Pero Cornaro quería vivir, tomó muy seriamente el último consejo de los que lo cuidaban y se sometió a una vida moderada y a una sobriedad en la mesa ante la cual los menos golosos y los más furiosos por vivir de todos nuestros contemporáneos pondrían mala cara. Luego veremos cuál era el régimen. Vamos a ver cuáles fueron los resultados.

En un año, ni más ni menos, justito y cabal, todo volvió a entrar en orden: cólicos, dispepsia, gota, fiebre, desaparecieron como por encanto y a partir de tal momento nuestro amiguito empezó a llevar la existencia más tranquila y menos agitada que se pueda imaginar. Así llegó a lo que llamamos ordinariamente la vejez, pero conservando las ventajas y el vigor de la edad madura. Se portaba tan admirablemente que nunca resentía ni el menor malestar, salvo en una o dos circunstancias que luego relataremos.

Pero durante el intervalo había pensado en que algo faltaría a esa vejez serena y sin nubes que tan bien preveía, si no se encontraba en torno de sí con descendientes a quienes dejar su nombre, sus bienes, su memoria y el secreto de su longevidad. Entonces se casó. Su mujer se llamaba Verónica y era de la familia de los Spilemberg. Se casó con ella en Udine, población del Friuli, y a pesar de la frialdad de su compañe-

ra, "puso todo en uso", nos dice candidamente de Thou, para tener posteridad. Desde luego se comprende, y el resultado fue el nacimiento de una hija. Se contentaron con ella en el matrimonio, y hasta me parece que si hubiera querido aumentar la familia, el régimen del buen Cornaro se habría desbarajustado, por ser éste tan arreglado y exento de emociones violentas. Pero la hija se cuidó de reparar la falta de haber sido hija única. Una vez casada con uno de sus primos, rico propietario de Chipre, Clara dió a luz ocho varones y tres hembras que fueron compañía y gloria de su venerable abuelito.

En la unidad de tan bella existencia hubo tres contratiempos. Uno de los más graves fue un terrible accidente de coche que le sucedió a la edad de setenta años y en el cual, arrastrado en un trecho bastante largo en su carrozavolcada, lo sacaron de allí, según nos cuenta él mismo, con la cabeza rota y un brazo y un hombro dislocados. Los médicos de aquel entonces le propusieron naturalmente la omni potente sangría, pero el herido se hizo el sordo. Reclamó que lo dejaran tranquilo, fuera de las operaciones quirúrgicas urgentes, confiando en la robustez que su origen le había concedido. Desde luego se curó muy pronto, a pesar de la condena con que le gratificaron nuestros buenos compañeros.

Ya más tarde, tuvo otra alerta. A la sazón tenía 79 años. Sus parientes, sin que se sepa a que fin obedecían, encontraron repentinamente que el régimen seguido durante casi treinta y nueve años era insuficiente y a pesar de su resistencia muy comprensible, acabaron por persuadirlo a aumentarlo. Poco duró la cosa. Enfermó gravemente, los cólicos volvieron acompañados con insomnio, melancolía y fiebre y los herederos estuvieron a punto de heredar antes de tiempo. Pero el abuelito tenía la vida dura, se restableció volviendo